Un día normal

—Contame, ¿pensás quedarte todo el día acostado?

—¿Me lo decís a mí?

—Y, sería medio raro que desde acá estuviera intentando hablarle al vecino.

—Probá, por ahí en una de esas casualidades te termina devolviendo el parlante que le presté hace como dos meses.

Lo vi levantarse de la cama y estirar los brazos, con tanta pereza que me dio la impresión de que no había puesto un pie fuera de la cama en lo que iba del día, y ya eran casi las ocho de la noche. Él se rascó la nuca y estiró los brazos.

—¿Te despertaste hace mucho?

—Me desperté temprano, como siempre —dijo indignado—. Vos llegaste justo cuando estaba acostado, pero no soy ningún vago.

—¿Ah, sí? ¿Qué hiciste?

—Limpié el comedor, la cocina y te lavé una maceta que habías dejado ahí toda tirada.

—¿La maceta que se estaba secando?

—No sé, la que estaba ahí ensuciando todo el piso.

No estaba segura de si agradecerle que hubiese limpiado, alegrarme por saber que no había estado todo el día durmiendo o tirarle con la maceta artesanal de cerámica, que había dejado secando la noche anterior. Saqué la tabla de cocina y le puse dos filetes de pescado arriba; me daba asco el olor, la textura y esa capa babosa que te queda en las manos, pero a él le gustaba.

El miércoles pasado, papá me había tirado un comentario sugerente y exagerado, afirmando que hacía como un año que no comía pescado. Después de eso, se sentó en el sillón y empezó a contarme cómo comía esos bichos del agua casi todos los días cuando vivía con sus padres. Debía de ser la quinta vez que escuchaba la misma historia en el año, pero lo divertido era que siempre cambiaban: un día juraba haber pescado una anguila con un calderín, otras decía que siempre sacaba corvinas, y a veces aseguraba que en el río de su pueblo no salían más que bagres. Yo lo escuchaba del otro lado de la mesada y sonreía, dándome cuenta de que el viejo tenía la valentía suficiente como para contar sus hazañas de pesca, pero no para decir de frente que quería comer pescado, al igual que la semana pasada.

—¿Qué vas a cocinar?

—Postas de pescado.

—A vos no te gusta el pescado.

—Por eso me traje pollo.

—Te van a terminar saliendo plumas.

Lo veo levantarse y caminar hasta la cocina, subiéndose las mangas del buzo y agachándose para buscar el cuchillo de cuerno de toro, su posesión más preciada. No debaja que nadie lo tocara. Hacía más de quince años, cuando fuimos a acampar con unos amigos de mis padres, uno de ellos lo agarró para cortar una cuerda. Todavía recuerdo que lo tuvo más de media hora sentado mientras le explicaba el pecado que acababa de cometer.

—Las postas ya están fileteadas.

—Correte, andá a sentarte en el sillón que vas a ver qué buenas que me quedan, vas a querer comer y todo —replica mientras me corre hacia la abertura de la pared para que vaya al comedor—. ¿Hay salsa de tomate?

—Hay —contesté dándome la vuelta para ver qué era lo que pensaba hacer—. Bueno, pero si vas a cocinar no exageres con la sal.

—Sí, sí, dale, vos andá para allá. Que antes de que estudiaras cocina el que te enseñó fui yo.

Era tan terco como yo, pero no podía negarme. Me alegraba de que aún pudiera hacer cosas que le gustaban, y la cocina siempre había sido una de sus pasiones. Más de una vez me había dicho que le hubiese gustado ser músico o cocinero. Pero le había tocado trabajar, hasta hacía no mucho, vendiendo en puestos de feria.

— Pa, ¿querés que ponga el monólogo de China?

Lo vi subir la mirada con la misma ilusión que solo había notado en los ojos de un niño. Cada vez que le proponía hacer algo juntos él accedía con tanto entusiasmo que cualquiera habría dicho que nunca compartíamos actividades. Habíamos visto ese video doce o trece veces, pero todavía no dejábamos de simular sorpresa ante los chistes, para disfrutar con la risa del otro. Por momentos, la eterna primera vez, tenía sus cosas lindas.

Después de un rato empecé a sentir el olor a guiso por toda la casa. No me acordaba bien de cuándo había sido la última vez que había estado sentada frente a la tele mientras alguien me cocinaba. Descrucé las piernas para levantarme e ir a la cocina, pero le di una patada a la caja de cartón que mi padre había dejado en el piso.

—Ya estás dejando cosas desordenadas.

—¿Eh? ¿Qué pasó? —movió el cuerpo hacia el costado y se rió al verme— Ah, sí, son los álbumes de fotos, los encontré en la parte de abajo del ropero, donde tenés los zapatos.

—Ni sabía ya bien dónde estaban.

—Cuando me vaya los voy a llevar para casa.

—No, olvidate. Vos me los diste cuando me mudé.

—Sí, pero vos nunca quisiste sacarte fotos, te vivías quejando. Además, yo te las presté, ahora me las llevo.

No iba a discutir, lo que decía era verdad: papá venía con cámara de fotos incluída. Salir con él a cualquier lado implicaba hacer tres o cuatro paradas para sacar unas fotos de recuerdo. En su momento yo me quejaba, me parecía algo molesto, pero hoy tomaba un valor mucho más grande.

Me gustaba tenerlo en casa, aunque fuera por lo menos durante un tiempo. Desde que mamá había muerto él estaba solo, y mi trabajo no me permitía ir a visitarlo tanto como tendría que haberlo hecho. Siempre tuvimos una relación excepcional, era mi héroe, el mejor padre del mundo, y me gustaba poder, de alguna forma, tener tiempo para rememorar esos detalles cotidianos que nos habían hecho tan felices.

Después de cenar, me sorprendió al ofrecerme una partida de truco, debía de hacer por lo menos cinco años que no jugaba con el mismo hombre que me enseñó cuando yo tenía diez. Poco antes de terminar, se paró a mirar el reloj y volvió a sentarse conmigo.

—Me tengo que ir, es tarde, van a ser las doce de la noche.

—Quedate, mañana a la mañana desayunamos y te arrimo hasta el trabajo, ¿te parece?

Lo vi dudar, pero al final dijo que sí. Terminamos de jugar, se alegró cuando le gané y me dijo que estaba orgulloso, jamás había sido un mal perdedor. Después de lavar los platos, lo acompañé al cuarto para que se acostara.

—¿Vos dormiste en esta cama? —me preguntó.

—Sí, hace un par de días dormí acá. No me vas a decir que te molesta que no esté hecha.

Meneó la cabeza y la estiró antes de sentarse. Le dije que el control negro controlaba la tele y el gris los canales de cable. Como todo buen adulto de más de setenta años, no me creyó hasta comprobarlo él mismo.

—¿Necesitás algo más?

—No, estoy bien —me sonrió y sacudió la cabeza— ¿sabés lo que estaba pensando? ¿Sabés hace cuánto que no como pescado? Después de trabajar venimos con tu madre, a eso de las siete.

Me reí y pestañee para distraer al corazón que lloraba contento. Asentí y le di un beso en la cabeza.

—Dale, a esa hora voy a estar acá. Siempre voy a estar.

Valeria Risso